

***ACT III: EL ESPECTÁCULO DEBE  
CONTINUAR***

## Chapter 12: "Pase lo que pase"

El pasillo parecía más largo de lo que recordaba.

Stolas no supo en qué momento había empezado a caminar; simplemente se descubrió avanzando, cada paso un despliegue lento de extremidades desconectadas de cualquier intención. Sus garras resonaban suavemente contra el mármol, aunque a él le parecía que el sonido venía del cuerpo de otro. El silencio del club se sentía cavernoso, como si se tragara cada eco en un vacío forrado de terciopelo, mientras las paredes relucían tenuemente bajo la luz baja, proyectando sombras que se curvaban y se fundían unas con otras.

Tenía la sensación de estar viéndose desde arriba, como si su alma hubiera decidido abandonar su cuerpo de repente dejando atrás solo un cascarón hecho de carne y seda desgarrada.

Y eso era exactamente lo que sentía: un vacío total por dentro. *Quizá es mejor así*, se dijo. Mejor no sentir nada que enfrentarse a la tormenta que le rugía en el pecho.

El rostro de Blitzø seguía anclado en su mente. Ese segundo fugaz de negación, salvaje y desesperado brillando en sus ojos carmesí como una cerilla intentando mantenerse encendida en mitad de una ventisca. Stolas había visto la incredulidad, cómo su pecho subía y bajaba demasiado rápido, sus labios temblando, intentando arrancar cualquier palabra del silencio.

Pero al final, lo único que quedó fue el dolor. Ese tipo de dolor que hace que una criatura se encoja sobre sí misma solo para poder seguir respirando.

Estaba grabado en la forma en que sus hombros se derrumbaron, en cómo se le quebró la voz al intentar gritar. En cómo sus manos temblaban a los lados, perdidas, como si no supieran qué hacer ahora que Stolas ya no las buscaba.

Le había oído susurrar "*Espera.*"

Y en ese instante, el peso del mundo se le había clavado en el pecho. Estuvo a punto de derrumbarse. A punto de olvidarse de por qué estaba haciendo todo aquello, solo para correr hacia él y decirle: *Era mentira. Claro que te quiero. ¿Cómo no iba a quererte? No me escuches, mírame, solo mírame, por favor, por favor, por favor—*

Pero no lo hizo.

Se marchó. Y dejó que Blitzø creyera que no había significado nada. Que no le quería.

*Sálvale*, se repetía una y otra vez. Pero clavarse un cuchillo en el corazón habría dolido menos.

Porque Blitzø le había mirado como si estuviera viendo desaparecer ante sus ojos la última cosa en la que había confiado. Como si Stolas le hubiera abierto el pecho en canal y ya no quedara nada que le sostuviera.

Y ahora... ahora ese silencio seguía resonando dentro del pecho de Stolas, hueco y pesado. Solo quedaba terminar lo que había empezado. Cumplir su papel. Pagar el precio.

Hacer que todo esto valiera la pena.

“La habitación de Ozzie está dos puertas más allá,” se recordó en voz baja, las palabras apenas un susurro en el aire. Giró la esquina y casi chocó de frente con el propio demonio.

Ozzie dio un paso atrás, sorprendido. Su mirada recorrió a Stolas de arriba abajo, y su expresión cambió al instante.

“Oh, pichón...” dijo, con la voz cargada de culpa.

Stolas parpadeó, alzando los ojos hacia él.

“Estoy bien” murmuró. Su voz sonaba como si la estuvieran arrastrando por grava.

“No lo estás” respondió Ozzie con suavidad. Alzó una mano hacia él, pero se detuvo a medio camino. “Necesitas descansar. Necesitas—”

“Solo necesito cambiarme” le interrumpió Stolas, los dedos cerrándose con fuerza sobre los jirones de encaje del traje que aún se aferraba a su cuerpo. Dejó que la tela cayera de nuevo contra su pecho y exhaló lentamente. “Tengo que terminar esto. No puedo parar ahora.”

Hubo un silencio largo. Ozzie lo miró como si estuviera hecho de cristal, como si un movimiento en falso bastara para hacerlo pedazos. Luego asintió.

“Vamos, entra” dijo con voz queda, apartándose para dejarle pasar. “Creo que tengo algo que puedes ponerte.”

Y lo dejó guiarle suavemente hacia el interior.



Stolas no dijo mucho después de que Ozzie le ayudara a cambiarse.

El traje que llevaba ahora era mucho más sencillo, hecho para desvanecerse en la sombra, no para brillar bajo la luz. Ozzie se ofreció a acompañarle hasta la suite de invitados, pero Stolas lo rechazó. No se fiaba de sí mismo. Sabía que, si se daba la vuelta saldría corriendo de vuelta a ese apartamento donde aún yacían esparcidos los pedazos de su corazón.

Así que siguió caminando. Un pie delante del otro, aunque cada paso parecía estar a punto de deshacerse por completo.

El pasillo hacia las habitaciones de invitados se extendía en silencio, envuelto en penumbra. Las velas parpadeaban suavemente en las paredes, proyectando siluetas alargadas sobre la alfombra de terciopelo. Apenas se dio cuenta cuando llegó a la puerta. Estaba entreabierta. Ni siquiera llamó.

Vassago estaba dentro, sentado en un sillón junto al carrito de bebidas. Sostenía un vaso con licor ámbar, caro y sin tocar. Parecía tranquilo, pero era una calma tensa. Como si el silencio pesara sobre sus hombros. Una arruga leve marcaba su ceño. Tal vez decepción. O algo peor.

Cuando la puerta se abrió del todo, Vassago se sobresaltó ligeramente, alzando la mirada.

“Stolas” dijo, dejando el vaso a un lado. “No esperaba que vinieras...”

“Lo siento” se apresuró a decir Stolas. Cruzó la estancia con pasos ligeros pero decididos, deteniéndose justo frente a él. “No quería molestarte antes. No quise que te sintieras traicionado. Me equivoqué y si... si todavía estás dispuesto, yo...”

Sus dedos temblorosos buscaron el borde de la bata de Vassago. No había deseo en el gesto. Ni siquiera elegancia. Solo una desesperación desnuda. Como si intentara aferrarse a algo que sabía que estaba a punto de perder.

“Quiero estar contigo” dijo Stolas, casi en un susurro. “Por favor. Déjame demostrarte que puedo...”

Vassago se incorporó, sujetando sus muñecas con delicadeza.

“Stolas” dijo, con una calma firme, casi íntima. “Para.”

Stolas parpadeó, confundido.

“No estaba...” empezó de nuevo, sin aliento. “No pido mucho. Has sido tan bueno conmigo y yo... si esto es lo mínimo que puedo darte, si me dejas al menos...”

“Stolas.” pronunció su nombre con voz firme. Una llamada directa al pecho.

Stolas se detuvo y alzó la mirada por fin

“No estoy enfadado contigo” dijo, con voz suave. “Nunca lo estuve.”

Y Stolas se quedó mirándole, con los ojos abiertos.

Vassago exhaló, lenta y firmemente, antes de hablar de nuevo.

“Lo vi. En el balcón. La forma en que le miraste... y cómo él te miró a ti.”

Su sonrisa apenas se insinuó, pero no llegó a sus ojos.

“Me di cuenta de golpe. Lo mucho que llevaba fingiendo no verlo. Lo ciego que había estado ante lo que tenía justo delante.” Su voz se tensó, cargada de vergüenza. “Y lo cruel que fue por mi parte pedirte que te entregaras a mí cuando tu corazón ya pertenecía a otro.”

Stolas abrió la boca... y volvió a cerrarla. Las palabras se disolvieron antes siquiera de formarse.

“Solo... necesitaba tiempo “ añadió Vassago, acercándose un paso más “Para aceptar que me había convencido de vivir una historia que nunca fue mía. No estaba enfadado contigo, Stolas. Estaba enfadado conmigo mismo. Por hacerte sentir que tenías que mentirme. Que tenías que elegir.”

Se arrodilló entonces, buscando la mirada del búho con una calma firme.

“No me debes nada. Ni tu cuerpo. Ni tu lealtad. Y desde luego, no tu culpa. “

Stolas sintió cómo las rodillas le fallaban y se dejó caer al suelo. Las plumas le temblaban. La respiración se le rompía como si jamás fuese a recuperar el ritmo. Sentía que algo dentro de él por fin empezaba a deshacerse. Un nudo que había sostenido demasiado tiempo. Esa ternura. Esa bondad que no merecía.

Su aliento se cortó en seco... hasta que el silencio se derrumbó en un sollozo.

“Lo siento “ gimió, con la voz temblorosa por el llanto “. Lo siento por haberte engañado. Por haberte hecho creer que... “Se interrumpió, con un sonido ahogado, negando con la cabeza. “ Pensé que podía hacerlo. Que podía fingir. Pero no lo soporto. No aguanto más. “

Las palabras salían en fragmentos. Sus hombros se recogieron, como si así pudiera sostenerse. Vassago se movió sin dudar. Se arrodilló a su lado, y le rodeó con manos firmes pero suaves —una en la parte baja de su espalda, la otra sosteniéndole el brazo, anclándolo al presente. Las plumas de Stolas se erizaban con espasmos, revueltas, al ritmo de su respiración entrecortada y aguda.

“Estás bien “ susurró Vassago. “Respira conmigo. Solo respira, Stolas. Dentro... y fuera. “

Pero Stolas negó con la cabeza, con los ojos anegados en lágrimas.

“No merezco esto “ sollozó. “No merezco tu amabilidad. Te mentí. Te utilicé. Soy un monstruo... “

“Para. “ La palabra fue firme. La mano de Vassago se apretó ligeramente contra su espalda, con el pulgar trazando círculos lentos, tranquilizadores. “Tú no eres un monstruo. No eres cruel. Eres uno de los demonios más dignos que conozco. “

Stolas sintió que la respiración volvía a fallarle.

“Eres valiente “ continuó Vassago, con la voz baja, cálida, sólida como un ancla. “Te has mantenido entero atravesando cosas que muchos no habrían sobrevivido. Has dado más de lo que tenías una y otra vez. Y aun así... aún eres capaz de amar. “

Stolas se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre.

“Te mereces todo “ dijo Vassago, dejando que el peso del momento se asentara antes de hablar de nuevo—. Dime cómo puedo ayudarte.

Stolas no respondió de inmediato. Soltó un suspiro, intentando calmar la respiración. Sus manos se cerraron en puños contra el suelo, como si así pudiera mantener el mundo en su sitio.

“No puedes “ dijo, con la voz desgarrada por los bordes, mientras alzaba la mirada hacia el príncipe.

Los ojos de Vassago se oscurecieron con una repentina comprensión.

“Tiene que ver con el marqués Andrealphus, ¿verdad? “ Su voz tenía un filo helado que hizo estremecer a Stolas. Solo asintió.

Vassago no dijo nada durante un largo rato. Se limitó a sentarse junto a él, firme como una columna, dejando que el silencio cayera sobre ambos como polvo antiguo. Hasta que, en voz baja, formuló la pregunta que llevaba tiempo enredándose entre ellos:

“¿Por qué? “

Stolas tardó en responder. Su mirada estaba clavada en un punto más allá de la estancia, más allá de la piedra y la seda que los rodeaban.

Y entonces empezó a hablar. Desenredando los hilos que habían sostenido su realidad durante décadas, soltando las costuras de una herida que nunca había terminado de cerrar.

Le contó a Vassago el contrato de sangre. Cómo su vida había sido decidida por otros mucho antes de que él pudiera siquiera entender lo que aquello significaba. Cómo el peso de ese lazo lo había ido desgastando poco a poco —con cada mirada de decepción, cada error, cada vez que Stella lo había tocado como si fuera un objeto tallado a su antojo, y no un ser con aliento y elección propia. Los años habían desangrado el color de su mundo, hasta que incluso las estrellas sobre el palacio le parecían lejanas y moribundas.

Y Andrealphus... que había encontrado una grieta en el lazo y se había colado por ella como veneno. Que sabía exactamente dónde presionar, cómo retorcer la magia lo justo para que Stolas lo sintiera en la médula. Para que supiera, sin duda, lo que era el infierno.

Había cosas que no fue capaz de contarle. Cosas que había enterrado tan profundo que ni su propia voz se atrevía a rescatarlas. Las noches en que le obligaban a sonreír. A complacer. A permitir caricias donde su alma se estremecía. Cómo Andrealphus lo ofrecía como vino en un banquete, sordo a sus silencios, haciendo caso omiso al modo en que Stolas moría un poco más con cada noche que pasaba.

Y entonces llegó Blitzø.

O tal vez siempre había estado ahí. Una chispa de infancia guardada en algún rincón tranquilo de su corazón, algo pequeño pero lo bastante brillante como para abrirse paso incluso en la noche más negra.

Cuando su voz por fin se quebró, solo quedó el silencio entre ellos.

Vassago no se había movido. Sus manos seguían unidas en su regazo, aunque los nudillos se le habían vuelto blancos. Su mandíbula era piedra. Sus ojos brillaban con algo frío.

Stolas dio un respingo, sobresaltado, cuando el príncipe se levantó de golpe, erguido, los ojos ardiendo con una determinación tranquila. Lo miró desde arriba.

“Vamos a romper tus cadenas “ dijo, con la voz afilada de convicción.

El aliento se le atascó a Stolas en el pecho. Sus ojos se abrieron, brillando con algo muy parecido a la esperanza. Durante un momento, no pudo hablar.

Vassago colocó una mano sobre su hombro. Firme. Presente. Un ancla.

Y por primera vez en mucho, muchísimo tiempo... Stolas no se sintió solo.



Las luces del escenario zumbaban suavemente sobre sus cabezas. Un resplandor cálido y artificial se derramaba sobre la tarima del escenario, atrapando el polvo en el aire como si fuera purpurina flotando. Fizzarolli estaba de pie justo en el centro, con los brazos colgando a los lados y la mirada clavada en el borde del teatro, como si Blitzø pudiera materializarse de entre las sombras si se concentraba lo suficiente.

Pero no lo hizo.

Llevaba días sin aparecer.

Estaban ya inmersos en los ensayos finales, y cada vez resultaba más difícil fingir que todo no se estaba desmoronando. Ozzie le había pedido a Fizz que cubriera temporalmente el papel principal. “*Solo hasta que vuelva*”, le había dicho. Como si Blitzø hubiese salido a comprar tabaco y no se hubiese desvanecido en ese agujero negro de dolor en el que se estaba consumiendo. Fizz había intentado mantener el espectáculo a flote. Decía las líneas. Interpretaba el papel. Pero cada réplica le sonaba hueca, cada escena pesaba sin la presencia de Blitzø.

Y entonces llegó la escena de hoy.

Estaba frente a Stolas, bajo todo el peso de los focos, ambos envueltos en un silencio denso. El búho recitó la última línea con una voz que apenas lograba sostenerse.

*«Si amarte significa perderte... entonces caminaré hacia la oscuridad sin dudarlo. Porque mereces una vida que no esté encadenada a la mía.»*

Y Fizz casi dio un paso atrás.

No fue la frase en sí lo que le sacudió. Fue cómo la dijo Stolas. Como si las palabras le quemaran al salir. Como si no estuviera actuando en absoluto. Stolas parpadeó lentamente, con los labios temblorosos. Por un instante, su rostro se agrietó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Fizz dio un paso al frente por puro instinto. “¿Ey, estás bien? “

Pero Stolas negó con la cabeza y se excusó en un susurro antes de salir prácticamente huyendo del escenario.

Fizz lo siguió con la mirada, sintiendo cómo el estómago se le hacía un nudo. Ya había visto esa expresión antes.

*Aquella noche.*

Acababa de dejar a Stolas en el apartamento de Blitzø, temblando y casi sin poder hablar, con la ropa hecha jirones después de... lo que fuera que Andrealphus le hubiese hecho. Se marchó apresuradamente con la excusa de ir a buscarle algo de ropa limpia. Pero había visto la forma en que Blitzø lo miraba, y en ese momento, Fizz sintió que estaba asomándose al borde de un mundo al que no pertenecía.

A pesar de haber conocido a Blitzø toda su vida, de saber cada estúpido detalle de su historia, en ese momento, no lo reconoció. Nunca lo había visto así. Todo su ser giraba alrededor de Stolas. Lo sostenía como si el búho tembloroso entre sus brazos fuese lo único que mantenía unido el universo. Había entre ellos un silencio, una gravedad. La clase de quietud que solo existe entre aquellos que se entienden sin necesidad de palabras.

Fizz sabía perfectamente lo que era. Lo había vivido. Ese tipo de intimidad que te cambia para siempre.

Por eso se retiró en silencio. Les dejó vivir el momento, intentar recomponer los pedazos de lo que Andrealphus había estado a punto de destrozar.

Fue directamente a la suite de Stolas, escogió un par de prendas sencillas que el búho pudiera ponerse, y ya volvía con el bulto de ropa en brazos cuando se encontró con Ozzie, que paseaba nervioso frente a los camerinos, con el aspecto de alguien a punto de derrumbarse.

“¿Ozzie?” preguntó Fizz, alarmado, sintiendo cómo la ansiedad le subía al pecho. “¿Qué ha pasado?”

Ozzie se volvió hacia él, con la mirada perdida, como si no estuviera del todo presente.

“Andrealphus acaba de irse” murmuró con la voz rasposa.

El corazón de Fizz se detuvo por un segundo.

“¿Qué? ¿Qué quería? ¿Ha dicho algo de—?”

“Quiere que lo mate “ lo interrumpió Ozzie, con la voz temblorosa.

Fizz sintió que se le escapaba el aire de los pulmones.

“¿A Stolas?”

Ozzie negó con la cabeza.

“No... a Blitzø. Me ha ordenado matar a Blitzø.”

El mundo se inclinó. No, no. No puede ser.

“No. No, Ozzie, eso... No puedes. No lo harías “.

“No tengo elección “ respondió Ozzie desesperado. “El vínculo... ha metido la orden a través de él. La magia está dentro de mí, Fizz. Ocurrirá si me acerco demasiado. Si Blitzø sale del apartamento, si cruza un umbral equivocado... ni siquiera me daré cuenta de que está ocurriendo.

Fizz dio un paso tambaleante hacia adelante.

“Entonces tengo que volver. Tengo que avisarles— “

“¡No! “ Los brazos de Ozzie se cerraron en torno a él, atrapándolo en un abrazo que casi le cortó la respiración. Fizz jadeó cuando Ozzie lo estrechó como si su vida dependiera de ello. “Por favor. Lo arreglaré. Te lo juro. Pero tienes que quedarte aquí. Tienes que dejar que lo intente. “

Fizz sintió las lágrimas antes incluso de ser consciente de ellas —las de Ozzie, cálidas contra su nuca. Las suyas llegaron un latido después, haciendo que le ardieran las mejillas.

“Ozzie...”

“Si Andrealphus se entera de que lo sabes... si te ve cerca de ellos... irá a por ti también. Por favor, Fizz. Necesito saber que estás a salvo. Que seguirás aquí cuando vuelva. Solo... por favor.”

Fizz quería gritar. Quería correr por el pasillo, coger a Blitzø y a Stolas y huir con ellos hasta que el mundo entero ardiese detrás de ellos. Pero vio la mirada en los ojos de Ozzie —el miedo, la tristeza—. Y en el fondo, lo entendió.

Fizz lo miró fijamente.

“¿Cómo vas a...?” empezó, pero las palabras murieron en su garganta.

Porque lo sabía.

Lo vio en la cara de Ozzie. La culpa.

Y en ese instante, Fizz comprendió que lo que había presenciado en aquel apartamento — ese pequeño y frágil universo construido entre Blitzø y Stolas— no iba a sobrevivir a esto.

Ozzie no dijo nada más. Simplemente se dio la vuelta y se marchó.

Y cuando lo hizo, fue como si algo se resquebrajase dentro del pecho de Fizz. Se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo, con las rodillas contra el pecho, abrazando la túnica como si pudiera protegerlo de la verdad.

Porque no podía evitarlo. Porque lo había permitido.

Y ahora... solo le quedaba sentarse en la oscuridad y esperar a que todo se viniera abajo.

Fizz exhaló con fuerza, regresando de golpe a la realidad. El recuerdo le ardía en la garganta como bilis, abrasándolo todo a su paso. Pero ya estaba hecho, y ahora todos tenían que enfrentarse a las consecuencias. A la culpa.

Se secó la cara con una mano, intentando recomponerse. Se acercó a Loona, que estaba apoyada contra el telón lateral con los brazos cruzados y una expresión en la cara como si llevase cinco asaltos peleando con su propia conciencia.

“¿Aún no contesta?” preguntó en voz baja.

Loona no lo miró al instante. Tardó unos segundos antes de murmurar:

“Nunca lo había visto así, Fizz.” La cola de Fizz se tensó, enroscándose por reflejo. “Lo digo en serio. No me habla. Ni siquiera ha vuelto a casa. Lleva tres días durmiendo en el mismo bar de mierda.”

“¿Cuál?” preguntó él, con el tono ya más tenso.

Ella dudó un momento antes de responder:

“Al final de la calle. Ese que huele a cerveza rancia y meados.”

Fizz apoyó una mano suave en su hombro.

“Ya voy yo a hablar con él.”

El bar era un agujero. Un vertedero con letreros de neón.

Blitzø tenía la barbilla hundida en una mano, y con la otra sujetaba un vaso medio vacío de lo que fuera la mierda barata que se había servido. Algo que sabía más a lejía que a alcohol. Le palpitaban los cuernos como si tuviera una batería tocando dentro del cráneo. Cada respiración se le arrancaba del pecho al salir. El mundo entero parecía emborronado, como si alguien hubiera pasado un trapo mojado por los bordes de la realidad. Y, sinceramente, le importaba una mierda.

El camarero ni siquiera se había molestado en preguntarle el nombre, lo cual le venía de perlas. Blitzø no estaba precisamente de humor para recordarlo él mismo-

“Blitzø. “

La voz cortó el aire como una cuchilla, lenta y pesada.

Entrecerró los ojos y alzó la mirada. Una figura multicolor con extremidades brillantes lo observaba desde arriba. *Fizz*. Tenía que ser Fizz, claro. Porque en esta puta vida no le dejaban ni pudrirse en paz.

“Vete a la mierda “ murmuró, arrastrando las palabras.

Fizz se subió al taburete junto a él.

“Tienes una pinta de mierda. “

Blitzø soltó una risa seca, sin humor, con los ojos todavía fijos en su vaso.

“¿Sí? Pues tú pareces un muñeco hinchable que ha perdido una pelea con un rallador de queso, así que supongo que estamos en paz.”

Fizz frunció el ceño, la mandíbula apretada, pero no mordió el anzuelo. Se quedó allí, a su lado, en silencio. Durante un rato, ninguno dijo nada. Solo se escuchaba el zumbido del fluorescente sobre sus cabezas. Algo pegajoso se le había quedado adherido al codo, empapándole la manga de la chaqueta. No le importaba una mierda.

“Loona está preocupada. Todos lo estamos. Yo también “ dijo Fizz, al fin.

Blitzø resopló.

“Pues que no lo estéis. Estoy genial. Viviendo el sueño en este antro apestoso, bebiendo anticongelante y planteándome una carrera en el noble arte del “*que-te-jodan*” interpretativo.”

Fizz suspiró por la nariz.

“No estás bien. “

“No me digas. “

“Entonces vuelve a casa. “

Eso le arrancó una carcajada, amarga, rota por los bordes. Blitzø apartó el vaso de un empujón y se giró hacia él, con los ojos vidriosos y llenos de furia.

“No pienso volver a ese sitio. No voy a subirme otra vez a ese escenario, a ese puto mundo donde me mira como si fuera una broma que ya no le hace gracia. “

Fizz tragó saliva. Dudó —solo un segundo.

“Stolas no lo decía en serio. “

“Tú no estabas allí.“

Y con eso, el aire entre ellos se volvió gélido.

Fizz no respondió. ¿Qué podía decir? ¿Que Stolas lo había hecho para protegerle? ¿Que lo había visto desmoronarse poco a poco? ¿Que Blitzø no le creería de todas formas?

Blitzø se levantó de golpe, tambaleándose un poco. El taburete chirrió al arrastrarse.

“Vuelve con tu escenario brillante, con tu puto gallo y tu foco dorado. Yo ya he terminado. “

Fizz también se puso de pie, más despacio. Su voz bajó de tono.

“Pues termina. Pero no arrases con lo poco que te queda solo para demostrar que puedes hacerlo. “

Blitzø no dijo nada. Apretaba y aflojaba los puños como si no supiera a quién quería golpear más —a Fizz, a Stolas... o a sí mismo.

Fizz no esperó respuesta. Se giró para marcharse.

“Ya sabes dónde estamos. Cuando te canses de huir. “

Y se fue.

Y Blitzø se quedó mucho después de que la puerta se cerrara a sus espaldas.

La luz parpadeaba sobre él, zumbando como si estuviera a punto de apagarse. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una pluma. Azulada. Suave. Con un matiz azul violeta que brillaba como un moratón.

La miró durante mucho tiempo. Luego encendió un cigarrillo con dedos temblorosos, y dejó que la llama devorase la pluma.

La vio arder, el humo retorciéndose en el aire como el último aliento de algo sagrado y roto.

Y entonces se fue.

A la mañana siguiente, había vendido todo lo que poseía en una casa de empeños al final de la calle. Su chaqueta. Sus armas. Su reloj. Incluso la foto de él y Fizz, de cuando la vida parecía algo que merecía la pena vivir.

No preguntó cuánto le dieron.

Solo cogió el dinero y volvió al club.